

# Un poema de Joseph Brodski

## Carta a un amigo romano (de Marcial)

### I

**S**opla el viento y las rápidas olas zigzaguean.  
El otoño se acerca, las cosas cambiarán.  
Las mudanzas de la luz, más hondo me conmueven,  
Póstumo, que los cambios de ropa de la amada.

Hasta cierto punto satisfacen las muchachas  
si no vas más allá de los codos y rodillas.  
Mucho más gozosa es la belleza sin cuerpo  
del campo otoñal: no habrá besos, tampoco engaños.

### II

Póstumo, te envió libros: ojalá te gusten.  
¿Cómo está Roma? ¿Camas blandas llenas de insomnios?  
¿Y César? ¿Qué se trae entre manos? ¿Siempre intrigando?  
Continuará con intrigas y glotonerías.

*La poesía de Joseph Brodski se inserta —a pesar de sus ya muchos años en Estados Unidos— en la tradición rusa, quiero decir: en una tradición muy circunscrita a formas métricas rigurosas e, incluso, a rimas. Son pocos los escritores rusos que se hayan aventurado por los cauces modernos de libertad rítmica y versos no sometidos a cuenta fija. Sin embargo, el mundo de Brodsky es, en buena parte, moderno; quiero decir que está lleno de los sucesos de este siglo. La historia y la ciudad, la religión y las aventuras nostálgicas del exilio, son varios de los temas de Brodsky. Es un poeta narrativo, subyugado más por el ritmo que va enlazando imágenes y acontecimientos que por la síntesis, por la economía verbal o la reticencia. No lo define la retención sino la afluencia. El poema que publicamos ha sido traducido del ruso, pero se ha tenido en cuenta la versión inglesa en la que el autor tuvo alguna intervención. Forma parte de una gruesa antología que publicará en breve la editorial Versal. (J.M.)*

Estoy sentado en el jardín, arde una luz breve.  
Vivo solo, sin amada, criados o amigos.  
No hay poderosos ni débiles en este mundo;  
tan sólo el zumbido armónico de los insectos.

### III

Yace aquí un mercader de Asia. Era un comerciante  
que pasaba inadvertido, capaz y prudente.  
Murió pronto de fiebres. No vino por aquí  
para morir, sino para obtener dividendos.

Junto a él, un legionario bajo un cuarzo tosco.  
En numerosas batallas dio gloria al Imperio.  
Mil ocasiones tuvo de muerte, mas vivió  
hasta los ochenta. Y es que, Póstumo, no hay normas.

### IV

Es cierto, Póstumo, que las gallinas son necias,  
pero en el mundo de las gallinas no hay desdichas.  
Si naciste por fatalidad en el Imperio  
más te vale vivir en provincias, junto al mar.

Estar lejos de los poderosos, de las nieves,  
sin adular a nadie, temer o darse prisa.  
Sí, en provincias los gobernadores nos roban,  
pero yo prefiero un ladrón a un chupasangre.

### V

Estoy dispuesto a esperar contigo, hetaira,  
a que pasen estas lluvias, pero sin comercio:  
tratar de pedir dinero a un cuerpo que te cubre  
es como tirar piedras a tu propio tejado.

¿Dices que tengo goteras? ¿Y dónde está el charco?  
Jamás he dejado una mancha, nunca lo he hecho.  
Mejor busca por donde puedas algún marido;  
mojará las sábanas y pagará el roto.

## VI

Hemos vivido más de la mitad de una vida.  
Como me dijo un viejo esclavo en la taberna:  
«Cuando miramos hacia atrás, sólo vemos ruinas».  
Una visión sin duda bárbara, pero cierta.

Volví de la montaña y he traído algunas flores,  
buscaré un jarrón para que presidan la casa.  
¿Qué tal por Libia, Póstumo? ¿O en qué lugar era?  
¿Estamos aún empeñados en baldías guerras?

## VII

Amigo, ¿te acuerdas de la hermana del Proconsul,  
más bien esmirriada pero de piernas gorditas?  
Te acostabas con ella... Se hizo sacerdotisa.  
Sacerdotisa, Póstumo, y trata con los dioses.

Ven a verme pronto, beberemos vino juntos.  
Las frutas y el pan son buenas. Me darás noticias.  
En el jardín, bajo el cielo, yo te haré la cama,  
y te diré los nombres de las constelaciones.

## VIII

En breve tiempo, tu amigo, amante de las sumas,  
pagará su inexcusable deuda con la resta.  
Coge los pocos ahorros que están bajo la almohada;  
no hay mucho, pero bastará para mi entierro.

Monta tu yegua negra, ve donde las hetairas,  
aquellas que están junto a las murallas del pueblo.  
Dales el precio por el cual alguna vez me amaron,  
para que lloren ahora por las mismas monedas.

## IX

En medio de la tarde el laurel está temblando.  
Las puertas abiertas, el ventanuco sin nadie.  
La silla abandonada, deshabitado el lecho.  
La vieja tela, blanquecina ya por los soles.

Ruge el Ponto tras la valla negra de los pinos.  
Una nave lucha contra el viento junto al cabo.  
Un libro de Plinio cruje en el jardín reseco.  
Y entre las sombras densas del ciprés trina el mirlo.

*(Traducción de Amaya Lacasa  
y Juan Malpartida)*